

Por un momento el rey la miró lleno de terror y de sorpresa. Vió que había sido burlado; pero era demasiado orgulloso para retirar su promesa, y como si se avergonzara de su vacilación, contestó con una risa forzada y envió á uno de los más robustos criados á ejecutar la orden inmediatamente.

Lo que precede es una relación de acontecimientos que muchos suponen se verificaron en Palestina á principios de la era cristiana, aunque no hay para ello ninguna evidencia histórica; pero lo que cada uno puede saber con examinarse á sí mismo es que en el reino del alma del hombre semi-animal gobierna el egoismo, representado por Herodes, y la voz de la razón, representada por Juan el Bautista, grita cual una voz en el desierto. En muchos casos el hombre no quiere escuchar esa voz, ni quiere destruirla, á menos que vencido por la Pasión hija del Deseo, concede lo que pide y destruye su propia razón, y por tanto, á sí mismo.



JERUSALEN

La Verdad existe por si misma y es independiente de las opiniones. No tiene una piedra en que apoyar su cabeza ni necesita argumento lógico alguno que la sostenga. Es conocida de todo aquel que está dispuesto á recibirla cuando entra en su corazón.

Lovantóse un grito de indignación en toda la Judea, luego que corrió la noticia del asesinato alevoso de Juan el Bautista. Todos, ricos y pobres, censuraron con vehemencia aquel acto de tiranía y de cobardía. Parecía que esto era la paja que había de quebrar el lomo del paciente camello, y en muchas partes del país amenazó estallar una revolución. pues Juan no era meramente el ídolo del pueblo y el profeta reconocido de los Nazarenos; era también de la casta levítica, cuyos miembros eran considerados sagrados. Este era el momento en que habría debido venir el Salvador á quien se iba esperando hacía tanto tiempo. Si hubiera aparecido entonces y probado su autoridad con algunos milagros, hubiera sido infinito el número de sus admiradores; más el redentor no vino.

Fiándose en su fuerza superior, los romanos permanecieron tranquilos y presenciaron cual espectadores desinteresados la confusión que reinaba. Sabían que no había entre los judíos ningún héroe que pudiera dirigirlos. y los pocos que deseaban hacer de caudillo, se estorbaban los unos á los otros con sus mezquinas envidias y desconfianzas personales. Pretendían los judíos que algo debía hacerse, más no había nadie para hacerlo; todos esperaban que Jehovah hiciera algún milagro; pero el milagro no se hizo. Por otra parte, una revolución sin algún grande y heróico caudillo, hubiera fracasado, pues los romanos estaban muy bien preparados para semejante acontecimiento, y aunque parecían inactivos tomaron precauciones secretas para sofocar la insurrección. Muy juiciosos fueron en no irritar al populacho exitado, pues la sensación producida por el asesinato fué disminuyendo gradualmente, los asuntos de la vida puramente material volvieron á ser más importantes para ellos que la política, y aun se sosegaron los fanfarrones más turbulentos después de haber librado grandes batallas con sus lenguas.

Al principio de la conmoción Jehoshua estaba viajando en Judea; pero cuando tuvo noticias del asesinato de Juan el Bautista, volvió con sus amigos los nazarenos, á fin de consultar con ellos acerca de las medidas que se habían de tomar. Sabía muy bien que mientras hervían las pasiones, sería inútil que él predicara el evangelio de la Sabiduría á un pueblo cuya razón estaba muerta, y que toda tentativa que hubiera hecho para ocupar la posición de caudillo le habría expuesto inmediatamente á ser sospechado de dirigir un movimiento popular. No ambicionaba ocupar semejante puesto. No tenía la menor intención de intervenir en las institucio-

nes políticas del país sino que deseaba elevar la humanidad á una región superior del pensamiento, ayudarla á acercarse más á la realización de la naturaleza de la verdadera virilidad, y levantar su carácter y su percepción de la moralidad; á la cual seguiría, como consecuencia natural, un cambio favorable en su condición exterior.

Todas las condiciones externas son el resultado de las internas. Esto es tan verdadero respecto de un pueblo como lo es respecto de un hombre, una sociedad, un animal, una planta ó una roca. No podemos cambiar la naturaleza de un árbol con recortar sus ramas; no podemos cambiar el carácter de un animal con privarlo de sus miembros; no podemos cambiar el carácter y las condiciones naturales de un pueblo con imponerle condiciones que no son naturales porque no son el resultado del crecimiento interior. La ley de *Karma* es una ley universal que obra en las comunidades, y aun el sistema solar, del mismo modo que obra con respecto á los individuos. Un vicio reprimido por fuerza, á menos que lo desaloje una virtud, acumula energía hasta que por fin se verifica la explosión de la fuerza encerrada. El hombre es lo que él se hace á sí mismo por sus propios pensamientos. Un pueblo, en suma, puede considerarse como un individuo compuesto, formado de un gran número de personalidades y siendo sin embargo una entidad á la cual se aplica la misma ley. Un hombre vicioso volvería á caer en el vicio mañana, si se le perdonara hoy sus pecados: un pueblo que no puede soportar la libertad volvería pronto á la esclavitud aun cuando fuera libertado por algún taumaturgo.

Los individuos, lo mismo que las comunidades, crecen espiritualmente á medida que se elevan á un ideal supe-

rior. Si baja su ideal, caen; si sube, se elevan en la misma proporción; la esclavitud es un estado antinatural para los hombres, pero es una condición natural para los esclavos; la libertad es tan solo para los hombres libres. ¿De qué servirán las reformas externas mientras no se reforme el corazón? ¿Acaso el villano viene á ser menos villano cuando le arropamos con ricos vestidos? ¿De qué servirá cortar las ramas del mal mientras duren las raíces y el tronco? Los héroes son el producto del crecimiento de las ideas. Los reformadores llegan cuando el tiempo es oportuno para reformas; si aparecen y florecen prematuramente no producen frutos. Lutero y Napoleón fueron los productos de sus tiempos; no crearon reformas ántes que los creara la necesidad de reformas; los personajes que aparecen en el teatro de la vida son los productos de ideas que han existido anteriormente; la vida exterior es meramente el conjunto de sombras proyectadas sobre la pared de la materia por el cuadro contenido en la *linterna mágica* de la mente. Las ideas son todo: las personalidades comparadas con las ideas no son nada. Las personas son útiles si son instrumentos para la ejecución de las ideas; una persona que no es el vehículo de alguna idea es tan solo un cadáver.

El temor abyecto y prolongado que los judíos habían tenido á Jehovah había hecho de ellos una nación de cobardes. No tenían el poder de ayudarse á sí mismos, porque excluían de su corazón la gracia salvadora de Dios. Necesitaban un dios armado con el rayo y el trueno para destruir á sus opresores. Eran un pueblo en el cual se había concentrado de tal manera el egoísmo individual que no era posible encontrar ningún patriotismo. No había entónces entre ellos ningún *Marco Curcio* que

estuviera pronto á sacrificar su personalidad en pró de su patria; los que se llamaban patriotas estaban inspirados por el amor de sí mismo y por la vanidad; esperaban recibir alguna recompensa del todopoderoso Jehovah.

Cuanto más les faltaba la confianza en sí mismos, tanto más ruidosos se hacían sus clamores al dios que habían criado en su imaginación. El olor que despedían los cuerpos animales quemados subía sin cesar hasta las nubes para titilar las narices de la deidad dormida y para despertarla é inducirla á cumplir sus promesas y enviar al redentor que hacía tanto tiempo venían esperando: pero Jehovah no se despertaba.

Semejantes tiempos eran propicios para aumentar la autoridad del sacerdote y llenar las arcas de la iglesia. A fin de que ninguna ganancia escapara á las garras de la iglesia, los templos estaban en parte convertidos en establos y bazares en donde se vendían los diferentes animales que se usaban para los sacrificios. Los becerros y los carneros, los machos cabrios y los pichones, esperaban el cuchillo del carnicero sacerdotal que los mataban después de cumplir el trato. Matábanse animales inofensivos para complacer al dios sanguinario: mientras que los que los mataban dejaban crecer en sus propias almas monstruos feroces.

Los que especulan con la codicia y la vanidad humanas, logran fácilmente su objeto. En aquellos tiempos los ignorantes creían que para obtener dádivas de Dios era menester hacer dádivas á la iglesia; entónces como ahora los que podían pagar las costosas ceremonias y el servicio de la iglesia eran considerados como los más piadosos y los más dignos de respeto. Entónces como ahora, el ilustrado fariseo se reía con disimulo de la necedad del peregrino que echaba sus ahorros en el teso-

ro de la iglesia para comprar con riquezas materiales cosas que no podían existir en ninguna parte sino en su propia imaginación; pero se consideraba la decepción como inevitable y necesaria para asegurar á la iglesia el dominio sobre los corazones y mantener al pueblo sujeto á las leyes de la orden,

Vestidos del ropaje talar en el cual estaban bordadas en oro frases tomadas de los sagrados pergaminos, los fariseos iban á los lugares públicos orando en alta voz haciendo alarde de su piedad. Ya no hablaba Dios en el corazón de los hombres, pues ellos habian perdido el poder de oír; pero en lugar de la voz de Dios oían la voz de los sacerdotes los cuales pretendían ser los depositarios de la verdad. Ellos decían que sus palabras eran las palabras de Dios, y para probar su autoridad señalaban los libros de la ley y de los profetas y los explicaban de la manera más conveniente para los intereses de la iglesia. Pero el pueblo creía lo que se le decía, pues su Juan el Bautista había muerto, asesinado por su propio Herodes, y no podía ilustrarlo respecto á estos asuntos.

A causa de la ignorancia y del egoísmo de los escribas, el culto exterior se había separado por completo del interior, y las formas vacías y las ceremonias se consideraban de mucha mayor importancia que el conocimiento. La religión se convirtió en sierva de los intereses clericales, y los asuntos de la teología se mezclaron con los de la política.

Todas las tentativas para unir los intereses de la iglesia y del estado degradarán siempre á la religión y debilitarán al estado con crear en él un poder rival. La verdadera Religión no tiene otro interés que el de ennobecer al alma; es superior á todas las consideraciones

temporales y egoistas; no hace nada con el propósito de adquirir riquezas materiales ni para satisfacer su ambición personal; tales cosas las hace la iglesia; más no la religión. El gobierno que necesita la ayuda de la clerecía para atemorizar al pueblo y con ello obligarle á someterse, es un gobierno de esclavos, y él mismo es el esclavo de la iglesia. Es débil y se debilita todavía más al dividir su poder con los fariseos. La religión no debería jamás usarse como medio para llevar á efecto algún propósito irreligioso. La verdadera religión tiene por objeto la unión final del Hombre con el Dios universal, y descansa en el conocimiento de la naturaleza de las relaciones que existen entre Dios y el Hombre; pero el fundamento en que descansa el clericalismo és el amor propio del hombre y su deseo de obtener recompensas que no merece. Este egoísmo es inherente á la naturaleza animal del Hombre; es la roca en que estriba el sectarismo, y es tan eterno como las montañas, pues mientras los hombres existan en formas semi-animales, sus aspiraciones se mezclarán con deseos egoistas. Mientras no tengan el conocimiento de sí serán impotentes é ignorantes, mientras no puedan protegerse contra sí mismos, esperarán del estado la protección de su cuerpo, y de la iglesia la salvación de su alma. Quizas acaben con ciertas formas de superstición y abolan algun credo; quizás por algún tiempo se imaginen estar libres; pero mientras no estén libres de sus propios deseos egoistas, no pueden estar realmente libres; porque el diablo que los tiene encadenados está dentro de ellos y los acompaña á la iglesia ó adoquiera que vayan. Si acaban con una superstición será tan solo para reemplazarla con otra; si rompen las cadenas de un amo, pronto desearán tener á otro amo que los proteja contra sí mismos.

Mientras los hombres no puedan gobernar sus propios deseos, mientras tengan tan sólo opiniones y carezcan de conocimiento, no pueden estar libres y necesitan un amo que los dirija; pero tienen derecho para exigir que su amo sepa más que ellos y que los ayude á adquirir conocimientos, y no los obligue á permanecer ignorantes. Por favorable que sea á los intereses del género humano el alcanzar conocimientos, no lo es á los intereses de sus amos; pues si los hombres alcanzásen el conocimiento se volverían libres; y no necesitarían á ningun otro amo más que á sí mismos. Así los intereses del clericalismo están en conflicto perpétuo con la religión y se quedarán así hasta que el género humano se acerque más á Dios á pesar de la resistencia que ofrece la iglesia. ¡Ay de la iglesia que especula con la ignorancia del género humano; será un poder de mal y perecerá en la oscuridad. Ay del estado que no puede mantenerse firme sin estar apuntalado por la iglesia. Puede ser que encuentre el apoyo agradable y útil, pero quizá venga el día en que los espíritus evocados adquieran fuerza y no quieran retirarse cuando se les ordene lo hagan y se conviertan en azote para el país y opriman al estado que los llamara en su ayuda.

En el tiempo de que venimos hablando, no era muy fuerte la alianza entre el estado y la iglesia en Jerusalén, pues las opiniones de los romanos tocante á la teología eran diferentes de las de los judíos. Pero el gobierno romano reconocía los derechos del *Sanhedrin* para tener leyes suyas; y aun prestaba auxilio para hacer ejecutar estas leyes, y así, mientras que la falta de energía entre los judíos, procediendo de sus creencias religiosas, facilitaba á los romanos el tener subyugados á los judíos, el reconocimiento de la autoridad temporal de la iglesia, creaba, por decirlo así, un gobierno judío dentro del gobierno romano, debilitando

á éste y produciendo conflictos entre los dos, y además, fomentando entre los judíos un espíritu de rebelión que los romanos tenían qué sujetar con su poder aterrador.

Aun hoy día pueden encontrarse condiciones semejantes en aquella «Jerusalén» conocida como la Mente del Hombre. En una mente bien gobernada, el rey de la Razón iluminado por la Sabiduría debe reinar supremo; más si el forma una alianza con el Egoísmo, la Razón pierde su poder, y dentro de su reino se establece un reino de Ignorancia. Entonces los edictos de la «iglesia» están en conflicto con las leyes del rey legítimo y la Razón se pierde á menos que la Sabiduría venga á socorrerla.

Así los procesos que van verificándose continuamente en la Mente de los hombres individuales, se parecen á los procesos que se efectúan en la Mente de la Humanidad; y como los pensamientos del hombre individual se expresan exteriormente en sus facciones y en sus acciones, de la misma manera los pensamientos de la Humanidad tienen su expresión en las personalidades y en los acontecimientos históricos; pues el mundo visible no es otra cosa que un teatro en que se representa la vida interior de la humanidad, un lugar en que la existencia real y subjetiva del hombre tiene su representación exterior en aquella esfera de ilusiones llamada el mundo físico.